¡VIVA SAN FERMÍN...!: ¡¡¡VIVA!!!

Francisco Miguel Cubero Lorón

Capítulo 1

¡Viva San Fermín...!: ¡¡¡Viva...!!!

¡Gora San Fermín...!: ¡¡¡Gora...!!!

A las 5 de la tarde del día 6 de julio, las calles sembradas de bares eran un hervidero de gente que iba de un local a otro, como si en ninguno llegaran a saciar ni su sed, ni su ansia de pasarlo bien, sobre todo entre la gente más o menos joven. Chicos y chicas que hasta hace un par de días no se conocían, cogidos de la cintura se besaban, a caballo entre el deseo de que la tarde no se acabara, y que la noche prometedora llegara cuanto antes. Las urgencias, se solventaban en algún portal que diera un poco de intimidad ante una multitud que se empeñaba en vestir de impoluto blanco cuando salían a contemplar al punto de la mañana a unos toros que huían hacia su muerte, cuando el sol de la tarde calentara de recio la Plaza de Toros.

Era un tiempo de días de locura colectiva en la que todo consistía para la gran mayoría, en disfrutar de la vida. Y también del riesgo, aunque sólo para una minoría. Todo lo cual incitaba a no plantearse qué estaba bien o qué, mal, sino de aprovechar esas flores de un día que, cuando acabadas ya todas las mañanas de toros corriendo calle de la Estafeta abajo, se marchitarían con urgencia en la mayoría de los casos, aunque se hubieran jurado amor eterno bajo los efectos de un vino tinto no muy exigente.

Marcela era una de las siete mujeres que habían acudido en un grupo de amigos para ver de cerca y por dentro, lo que era Pamplona en esos días. Habían alquilado entre los siete matrimonios que formaban, un local donde se reunirían para comer, cenar, y sus tiempos de sobremesa, atendidos por tres señoras contratadas para realizar las comidas y la limpieza del local para esa semana.

Era, como digo, una más. 49 años, casada con Manuel de 56 años y madre de dos hijos: Octavio de 23 años, y Felicia, de 18, que habían preferido quedarse en su casa de Zaragoza y dejar a sus padres que fueran a su aire en esa su primera vez que vivirían en directo, los Sanfermines.

Profesora de Filosofía en la Universidad, bien conservada, deportista y amante del Arte, en mayúscula y en general. Las fiestas, y la masificación inevitable en ellas..., como que le resbalaban y siempre que podía, las eludía. Manuel, no, que más mundano y menos riguroso, amaba el buen comer, el buen beber, el fútbol y la compañía de los amigos. El deporte y el arte..., no eran su fuerte y, además, le habrían aislado del resto de

hombres del grupo porque a todos les parecía, eso, una pérdida de tiempo para esta vida que era tan corta.

Pero esta vez, habían sido las mujeres del grupo, siempre dispuestas a pasarlo bien descubriendo el mundo, que ya valía de ver la Pamplona festiva por la tele, y que había que organizar una semana de soltarse las melenas, aparcar el sentido común de sus vidas en la cresta de la madurez que anunciaba una vejez que ya no la veían tan de lejos y dejarse llevar al ritmo de las charangas que poblaban las calles, de bailar con otros desconocidos "Paquito El Chocolatero", o dejarlo todo si se oía en cualquier plaza lo de que Macarena tiene un novio que se llama-que se llama de apellido Vitorino, y montarse una coreografía de brazos y hombros entre las siete amigas y las doscientas más que se hubieran visto arrastradas también por ese cántico de sirenas interpretado por Los del Río.

Guapa como Marcela era, nunca le faltaban proposiciones entre sus compañeros de Universidad, y hasta de alguno de los hombres del grupo de amigos que, veladamente, le tiraba los tejos para ver si había suerte. Ella, mimosa, se dejaba querer sin tener deseos de complicarse la vida.

No es que fuera inmune a las estrategias con que su carne la tentaba para que se diera un capricho, no, sino que los de su edad..., no eran los que llamaban más su atención. Y no es que todos fueran unos dejados como lo era su marido consigo mismo por aquello que ya una vez casado, pues que ya no era imprescindible el tener que seguir haciendo los juegos malabares de novio solícito, una vez ya conseguida la hembra con contrato fijo.

Marcela, aunque sólo ella lo sabía y con ese secreto vivía, se sentía atraída por algunos de los más guapos entre sus alumnos. Sabía que no era lógico, que sobradamente podría ser la madre de cualquiera de ellos, y que para los que despertaban su interés, cualquiera de sus compañeras de clase que no sabían aún qué eran las arrugas con sus bellezas recién estrenadas, suponían una competencia de lo más desleal para evitar que aquellos apuestos jóvenes la vieran sólo como a la profe que les desentrañaba las frases enmadejadas de unos filósofos empeñados en cambiar el mundo tratando de no ser comprendidos y seguir siendo así, los dueños de los arcanos.

Sus alumnos se defendían muy bien con sus iguales, las compañeras de clase, pero esos 28 años que les sacaba de ventaja, eran un muro que para alguno que quisiera intentar algo con ella, lo vería como infranqueable. O eso creía ella. Pero a pesar de tanta traba que imaginaba, la frescura de aquellos cuerpos y la inmadurez juvenil que les daba un toque ingenuo, la excitaban cuando a alguno de ellos se lo imaginaba desnudo mientras permanecía de pie haciéndole alguna pregunta sobre Friedrich Hegel y sus ideas absolutas que, a Marcela, en

esos momentos en los que se recreaba tirando de imaginación, le parecía una solemne gilipollez a la que se vería obligada a responder si conseguía centrarse cuando tuviera que volver de otra de sus reincidentes fantasías con ellos.

En el local, sentada junto al resto de los amigos a la mesa, volvían a brindar con cualquier nueva excusa y veía a Manuel, su marido, que dedicado a esa comilona en la que iban por el segundo plato de lechazo al horno con patatas asadas y pimientos, que volvía a rellenar su copa sin prestarle la menor atención a su mujer, quien se encontraba junto a las otras seis chicas en un lado de la mesa, teniendo frente a ellas, a sus maridos. En la esquina del lado de los hombres, Antonio el Guapo, como lo llamaban todas menos su mujer, no le quitaba ojo a Marcela y le levantaba la copa desde lejos, para un brindis imposible sólo dedicado a ella. Ésta le seguía el juego sin mucho interés porque lo de "Guapo" habría sido cosa del pasado, limitándose a sonreírle levemente porque su interés estaba más en los chismes que las dos amigas, una a cada lado, le iban contando entre carcajadas que sólo las tres sabían de los motivos. Pero, bueno, sus risas, no sobresalían de las del resto del grupo éste que había ido a Pamplona, con la única intención de pasarlo bien, como fuera.

"¿Qué..., nos vamos a ver el ambiente, o vais a pasaros aquí toda la tarde?", preguntó Alicia levantándose en un amago de que arrancaba de allí, sí o sí.

Las demás la miraron y se apuntaron a callejear sorteando a la masa de gente que iba y venía como sin rumbo.

Los hombres, enfrascados en una conversación que pasaba del fútbol a la política, y de ésta a las tías buenas extranjeras que se veían por las calles, no contestaron y se quedaron dudando sobre qué coño se les había perdido en las calles, sumidos como estaban en la modorra placentera del vino y la charla intrascendente con los otros. Al final, uno se decidió a hablar por el resto muy a pesar de Antonio el Guapo, y dijo:

"Andad..., andad vosotras y cuando os canséis, nos llamáis por el móvil, y quedamos en alguna terraza hasta la hora de la cena. Que con este calor y la gente que habrá..., nos quedamos aquí, mejor, y nos tomamos unos gin-tonics para bajar la comida. ¿No os parece, chicos?".

Antonio iba a poner una objeción a ese plan que lo separaba de Marcela, pero todos los demás aceptaron la propuesta del que había hablado. Quiso mirar a la cara de tan esquiva presa pero ésta, ni se acordó de que su indeciso depredador estuviera al final de la mesa.

Se levantaron todas, y comenzaron a agitar contentas los brazos mientras iban desfilando una tras otra camino de la puerta donde les esperaba algo más prometedor que los tan vistos mismos caretos de sus

maridos, muy retocados todos ellos en volumen y color, por el rioja aceptable y abundante que les había acompañado en toda la comida.

El solazo de pasadas las cinco de la tarde, las recibió al salir del comedor y poniendo la palma de su mano a modo de visera, intentaban poder ver algo más allá de donde la gente hacía rebosar la calle. En general, ese gentío caminaban todos en una dirección como si tuviera una finalidad esa marcha. Como lo de cruzar al otro lado de la calle por la que una hilera de gente menos abundante caminaba en dirección contraria era una misión imposible, se dejaron llevar por la mayoría bullanguera que cantaban con las voces rotas: "*¡¡Si te ha pillao la vaca, jódete, jódete..., si te ha pillao la vaca, jódete, jódete..!!*", sin que mostraran compasión ninguna para con ése al que le había pillado la vaca, y que sería un don nadie porque le trataban de "tú" como si le conocieran de toda la vida. Y tampoco es que se les viera muy tristes a los que la cantaban caminado y bailando brazos en alto, siguiendo a una charanga que marcaba el ritmo de tan irrespetuosa letra.

"¿A dónde vamos, si puede saberse?", preguntó Raquel a las demás.

"¿Y qué más da? Pamplona en fiestas, siempre te lleva a algún sitio. Ya lo verás. Nosotras seguimos a todos estos, que seguro lo pasamos bien. O distinto", contestó Amalia a quien todo le daba igual, con tal de sentirse libre por un rato. Raquel, resignada, miró a las demás que les era indiferente el camino, se encogió de hombros y añadió:

"¡Pues... hala..., alegría, que esto son dos días!"

Siguieron caminando por las calles hasta desembocar en la plaza del Castillo donde se veían concentrados por toda ella, a un gentío que seguía el ritmo de las canciones de un grupo musical encaramado en un quiosco, sin dejar por eso las charlas, las risas, y con vasos de plástico en sus manos llenos de vino tinto o calimocho que, uno, con una botella de las de dos litros de Coca-Cola, rellenaba los vasos de los de su cuadrilla que se les iban quedando vacíos porque el sol, inmisericorde, pegaba de lo lindo e invitaba a beber cualquier cosa aunque ésta sólo guardara vestigios de haber estado fría alguna vez.

"¡Hey, chicas..., allí, una mesa libre que están dejando esos que se van: vamos antes de que nos la quiten!", gritó Raquel señalando con el dedo hacia aquello que ya consideraba casi de su propiedad, porque había sacado el revólver antes que nadie. Y, encima, eran de esas mesas y sillas que estaban metidas bajo unos soportales que darían una sombra de piedra, más fresca que las sombrillas de las que permanecían fuera de ellos.

Llegaron corriendo y se sentaron en las sillas aún calientes por los culos ajenos y agradecieron que el sol, con todo su poder, no pudiera atravesar

unos putos soportales de más de 200 años.

"¿Qué van a tomar las señoras?", dijo el camarero que, solícito, recogió los restos del servicio anterior y limpió la mesa.

"Siete gin-tonics. Pero de vodka. Absolut, si puede ser", dijo Amalia que habló por todas sin preguntar, que para eso era la dueña de la juerga. Miró a Marcela buscando su aprobación y, ésta, levantó las manos como diciendo, "O.k., Amelita, ¿por qué no? Tenemos sed, y estamos en fiestas".

En cinco minutos, los gin-tonics, estaban sobre la mesa, con los cubitos flotando entre las burbujas de la tónica y el alcohol aromático del vodka, con el único toque de color del amarillo limón de una rodaja de ese cítrico.

"¡Ooooh..., qué rico está esto...!", dijo Marcela cuando dio un trago largo a la bebida y, enseguida, notó los benéficos efectos del alcohol potenciando todo ese momento placentero con las amigas, en un entorno que parecía irreal con toda aquella gente sumándose al hervidero de la plaza, según iban llegando.

Casi frente a donde Marcela estaba, había más grupos de personas sentadas como ellas pero, atenta como estaba a la conversación con las amigas, pues no reparó en que alguien de una de esas mesas, la miraba con insistencia pero, a la vez, de forma esquiva. No tardando mucho, uno de los receptores sensoriales de ella, notó esa mirada distinta a las demás como de alguien que no podía evitar buscar los ojos de Marcela y le saltó la alarma.

En nada, las dos miradas se cruzaron, pero la del chico, al chocar con la de ella, cayó contra el suelo.

"¡Hostia..., él!", pensó azorada Marcela. De repente, buscó un algo donde verse reflejada, un espejo, algo que le confirmara que sí, que estaba guapa, que seguía estándolo para que él la viera irresistible. Dudó..., encendió su móvil y activó la cámara de los selfies para usar la pantalla como espejo. Todo fue muy rápido y ninguna de sus amigas, excepto Amalia, notaron que pasase nada especial.

Marcela, recuperando el aplomo con la ayuda de otro trago largo de su copa balón empavonada por la bebida fría todavía, levantó la cara y buscó al otro. Éste, medio a hurtadillas, la alzó a su vez y aguantó el reto de la mujer. Le sonrió y, ella, le devolvió la sonrisa y una mirada muy distinta a la que él estaba acostumbrada a ver en Marcela.

Tras unos momentos de duda viendo que Ariel, uno de los alumnos más guapos de su clase no pasaba de sólo una sonrisa indecisa, se levantó ella

de la mesa, se estiró para abajo su minifalda vaquera que tenía vocación de mostrar más de lo que tapaba, y se acercó hasta donde aquél joven de 21 años estaba. Las amigas, metidas en su conversación, pensaron que iba al servicio. Amalia, no, que, advertida por su sexto sentido y la sonrisa resplandeciente en la cara de su amiga, la siguió para ver a dónde iba. Algo le decía que para Marcela, el mundo se acababa de detener en ese momento.

"Hola, Ariel..., qué casualidad, ¿no?, esto de encontrarnos aquí en medio de tanta gente desconocida. Imagino que habrás venido a pasar estos días de fiestas, igual que yo. ¿Y todos estos amigos tuyos?", le preguntó Marcela mirándole fijamente a los ojos, sin aprovecharse ni de un pequeño aleteo de sus largas pestañas.

"Hola..., profe", respondió dudando de cómo referirse a ella en un contexto tan distinto al de su aula en la Universidad.

"¿Profe...?, no me jodas, Ariel, que eso es en Zaragoza y en las clases. Aquí, me gusta más que me llames Marcela, mi nombre".

"Bueno, pues... hola, Marcela. Sí..., he venido a pasar estos dos días: hoy, y mañana. Y estos que están conmigo son canadienses, la mayoría de Toronto y Calgary, que están dentro del Programa Erasmus estudiando en Europa. Sólo hablan inglés, así que no se enteran de nada del español. Sólo saben decir, "vino", "fiesta" y "follar", tanto ellos como ellas. Los he conocido esta mañana y me he unido a su grupo. Falta un amigo mío de Zaragoza, que vendrá esta noche. ¿Y tú...?", le preguntó a Marcela.

Ésta, a pesar de que los otros no entendían nada, se agachó hasta el oído del chico para no tener que gritar al hablar porque ya empezaba a notar su garganta un poco tocada, apoyándose sobre uno de los reposabrazos de la silla de Ariel. Naturalmente, ella no era consciente de que al llevar la camisa algo desabotonada para aliviar su repentino calor al verle, la carne apretujada de su pecho se acanaló más de lo debido para conformarse en dos montones muy sugerentes.

"Nosotros hemos venido un grupo de matrimonios amigos, con el ánimo de pasárnoslo lo mejor que podamos. Y... tú, ¿dónde te hospedas?", le preguntó mientras Ariel bizqueaba abrumado por la amenaza de aquél escote sin fondo.

"¿Ves ese bar de ahí, ése que pone Fonda Martín...? Pues es que es bar por la parte de la plaza, y fonda, por la calle de atrás. Pero se puede entrar por los dos sitios. No está mal para estos dos días. Esto... oye... ¿te apetece que vayamos a ese bar y nos tomamos algo?. Invito yo, que al mes que viene cumplo ya 22 años. Igual no te parece acertado lo de que

te invite", le propuso Ariel.

"¡Qué va...!, me parece acertadísimo: ¿no te he dicho que he venido a disfrutar al máximo de estos días?. Y ya puestos..., me enseñas también tu cuarto, aprovechando que tu amigo de Zaragoza no ha venido aún, ¿no? Es..., porque si me gusta, puedo reservarla también yo para el año que viene". Marcela sabía que era ahora cuando, envalentonada con el gin-tonic, tenía que ir a por todas.

"Vale, profe. Vamos", dijo el chico que ya empezaba a notar cómo casi toda su sangre se le estaba concentrando en un sólo punto. Era su oportunidad de oro para llegar hasta donde fuera posible con esa mujer que, él, y todos los compañeros de su clase coincidían en que estaba de un buenorro a reventar. Marcela se dirigió hacia su amigas para excusarse un momento.

"Ya perdonaréis, pero es que me he encontrado con uno de mis alumnos, y se está poniendo muy pesadico con que me quiere invitar a tomar algo fresco en ese bar de ahí. No creo que tarde mucho. Estos chicos jóvenes, en cuanto beben un poco..., pierden los papeles y no se dan cuenta cuándo son un coñazo. En fin, todo sea por la Universidad. Los otros con los que está, son del Canadá. Venga, enseguida estoy otra vez con vosotras". Les puso los ojos mirando al Cielo como pidiendo paciencia y añadió: "Joder, que cosas se ve una obligada a hacer".

Las amigas, mucha atención no prestaron a algo que no le daban ninguna importancia, asintieron como "que fuera..., que fuera...", y siguieron cotorreando. Sólo Amalia, se quedó mirando al chico puesto en pie al que le hizo una rápida valoración, y volvió la vista hacia ella para mirarla con socarronería.

"Tú, calladita..., que estás más guapa", le advirtió Marcela, quien cogió su gin-tonic y, de un trago, se bebió el resto del líquido que quedaba. Los cubitos, ya habían desaparecido.

"No..., solamente era advertirte que te abotones un poco más esa camisa, que se te van a salir la tetas" y se sonrió. "Por si no habías reparado en ello", terminó Amalia con ironía.

"Sí, hija, con el calor que llevo..., como para abotonarme hasta arriba", y se marchó abanicándose con el ticket que había dejado el camarero, hasta juntarse con Ariel, quienes, caminando lo más rápido que podían sorteando al público, entraron en el Bar Fonda Martín.

"¿Qué te apetece tomar?", le preguntó un Ariel atormentado por su carne venida arriba.

"Pues como me estarán esperando mis amigas y no dispongo de mucho tiempo... ¿qué tal si primero me enseñas tu cuarto? Luego ya, si eso..., podemos tomarnos algo. O mañana, que será el día grande de las fiestas. ¿Te parece?", acabó Marcela con eso que era más, una orden, que una pregunta.

La tomó de la mano sin poner objeciones y la llevó hasta el fondo del bar, donde comenzaban unos escalones que conducían a las habitaciones de la fonda, distribuidas en dos plantas sin ascensor. En la segunda estaba la suya: la 203, como aparecía en un chapa ovalada revestida de porcelana descascarillada y atornillada a la puerta, señal de que el establecimiento ése, tenía solera. Tras varios intentos infructuosos de meter la llave, al final, entró y la puerta se abrió.

La habitación estaba en penumbra lo que hacía que no estuviera muy calurosa a pesar de que la refrigeración no existía, aunque sí un ventilador de techo que Ariel puso en marcha. Los ruidos del bar y de la calle, separados por las dos alturas, quedaban como amortiguados.

Ariel cerró la puerta e iba a hacer la gracieta de añadir, "ésta es mi habitación", pero Marcela no estaba para bromas y no le dejó ni empezar la frase, porque ya no había tiempo para el disimulo.

Aplastado contra la pared, junto a la puerta, la mujer se aferró a él, y comenzó a besarlo como con desesperación, llevando la delantera en la acción. Ella, sentía, que aquél sería un macho muy joven todavía, pero que lo que notaba no era de carne y hueso, sino sólo de carne.

Ariel, ya no se dejó llevar, y pasó a imponerle unos deseos apremiantes que satisfacer, algo que coincidía exactamente con la voluntad de su compañera provisional de cuarto. Ella, seguía besando su boca como si hubiera perdido el juicio, mientras él, se soltó el cinturón del pantalón, desabrochó torpe el botón, bajó como pudo la cremallera y Marcela, empujó la prenda para que cayera hasta el suelo, ropa interior incluida.

"¿Tú sabes, cabrón, el tiempo que llevo soñando con esto que estoy viviendo contigo ahora y que creí que nunca pasaría de ser una fantasía improbable?". Ariel, ni contestó. Se deshizo del polo, descubriéndole a Marcela la carne musculada de su pecho, que ella comenzó a besar y a lamer, con un recorrido zigzagueante en caída libre.

Y les empezó un tiempo que no duraría mucho, donde dejaron de latir los relojes, los muebles desaparecieron, y a la habitación se la tragó su propia penumbra. Tras ella, desapareció la fonda, el bar, la plaza del Castillo..., y hasta las multitudes ajenas a lo que estaba pasando en la 203, donde los fuegos artificiales acompasados de ambos, explotaron a la par, dando un espectáculo de luz y color a la nada aquella en la que

acababan de vivir tan intensa experiencia.

Para dar tiempo a que Pamplona entera se recompusiera de aquél milagro, se echaron los dos sobre la cama elevada con cabecero de barras metálicas y pináculos de latón, similares pero más altas que las que aparecían a los pies de esa cama. Los dos, permanecían mudos, incrédulos y como desfondados. Abrieron los ojos casi al mismo tiempo, comprobando que estaban desnudos. ¿Cuándo se habían quitado la ropa, si ninguno de los dos recodaban haberlo hecho de manera consciente?

Marcela, incorporó su cuerpo de mujer madura que estaba en su punto máximo de sazón, y con el codo apoyado en la cama, contemplaba el hermoso cuerpo, terso, brillante y sudoroso de Ariel, su alumno hecho trofeo.

"¿Es esto, amor?", preguntó el joven.

"No, cariño. Esto es sólo..., sexo. Estamos en Pamplona, son fiestas, mañana será 7 de Julio, con San Fermín metidico en su hornacina acristalada, y le volverán a pedir los mozos que les guíe en el encierro y les dé su bendición..., ¿recuerdas? Así que no es tiempo del amor, sino de una bacanal pagana presidida por ese muñequito con oropeles de obispo propio de un barroco sobrepasado y decadente, que no se cansa de ver correr a torazos rebozados de gente de blanco y periódico, rumbo a la feria de su propia muerte.

Ariel: esto es la Fiesta de los gozos, y de alguna tragedia, pero no para enamorarse bajo todos sus perniciosos efectos, porque pasados estos..., desaparecen también sus consecuencias.

Me tengo que ir, cariño, me esperan las otras..., y hasta mi marido. Eres precioso, pero sólo deseaba gozarte. Nada más por hoy", dijo Marcela y puesta a cuatro patas sobre la cama, comenzó a recorrer su cuerpo llenándole de besos, como si con ellos quisiera apoderarse de toda la suave juventud que le rebosaba. Y ésta, con los besos..., volvió a rearmarse.

Ahora, centró sus besitos suaves y lentos sobre su carne rampante y, tras cada beso, aspiraba su aroma.

"¿Sabes qué...? Que esto sabe y huele como un amoroso bebé. Qué precioso está..."

Ariel, tras esas palabras entre maternales, apasionadas, y tiernas..., se quiso revolver en la cama.

"Quieto..., quieto, cariño, que por hoy..., no puede ser más. Me comprendes, ¿no?". Pero ahora, viendo todo eso que era tan espectacular,

según ella lo estaba sintiendo, lamentaba tener que irse y dejar allí esa joya hecha de concentrado de carne y sangre, aunque..., no podía ser de otra manera.

Al fin, habló Ariel:

"Oye, y... mañana..., ¿nos podremos ver otra vez, no? Te lo digo porque me van a dejar estar mañana en un balcón desde donde se podrá ver el ambiente y ese espectáculo tan emocionante de toros y mozos, corriendo. ¿No te gustaría venir conmigo y poder verlos juntos, tú y yo, desde ese balcón? Es un lujo, porque está en la misma calle de la Estafeta. Ya sé que no dura mucho, y que tendrás tus obligaciones con tu marido y los amigos tuyos, pero es sólo una vez en la vida. ¿Qué dices?", dijo en un ruego hecho pregunta.

"Ah..., sí, cariño, cómo no. Te hago una llamada perdida a tu móvil, para que tengamos nuestros teléfonos y así podremos contactar para decirte si he encontrado una buena excusa para acudir o no. Lo de ver a los toros, y a los mozos cargados de adrenalina acompañando, o huyendo, no sé, de esos animales ..., seguro que es muy estimulante y me pondrá en tensión, que es lo más apropiado para sacarle todo el jugo a ese rato. Eso, sí, después de que nos vayamos del balcón en donde estemos..., cantaremos nuestro propio "pobre de mí" y, como dice más o menos otra canción: "lo nuestro, aquí, se acabó". ¿Lo entiendes?", quiso Marcela dejar clara la situación.

"No..., no lo entiendo. Me pides que pase de 100 a 0, como si no hubiera ocurrido nada entre los dos. Confío en que sólo sea lo que ahora deseas que pase. Pero que después, no puedas evitar que sigan pasándonos más cosas. Lo de hace unos momentos..., lo que tú has hecho conmigo, y lo que yo he hecho contigo, sí, también..., pues que no puede ser que con sólo un chasquido de tus dedos, lo olvide. Ni que tú lo olvides. Pero hasta mañana, al menos, será como tú dices. Hazme esa llamada perdida y llámame cuando sepas algo concreto. Búscate la excusa aunque sea la más inverosímil..., pero mañana te quiero tener otra vez, aunque sea en un balcón".

Y al terminar de hablar Ariel de ese modo tan imperativo, se montó con agilidad felina sobre Marcela lleno de una rabia incontrolable que la pilló sorprendida y desprevenida, y volvieron a ser sólo uno porque, cuando ella lo sintió dentro de sí de esa manera brutal en la que Marcela ya no llevaba la voz cantante ni falta que le hacía..., se olvidó de las amigas que la estarían esperando y se dejó hacer sin cuestionarse nada. De la famosa frase, "sangre, sudor y lágrimas", sólo sudor tenían sus cuerpos al acabar, pegados, amontonados, e inertes, arrullados por el ruido del motor del ventilador, que hacía girar las aspas sobre sus cuerpos.

De pronto, como si una campana tocara a rebato y sacara a Marcela de su placentero sopor, se escurrió de debajo de un Ariel desmadejado y, corriendo, se vistió con la poca ropa que había llevado hasta la Fonda Martín. Abrió la puerta y sólo le dijo:

"Te llamaré para decirte que mañana..., estaré en tu balcón". Cerró, y el chico, desde la cama, oyó el caminar rápido de Marcela quien aprovecharía el escaso recorrido hasta la mesa donde estarían sus amigas, para ir recomponiéndose la ropa y el pelo. Lo de la felicidad en la cara..., no sabía Ariel si Marcela sería capaz de que les pasara inadvertida.

Y sí, allí estaban sus amigas, a quien también se les había pasado el rato volando, en un parloteo que parecía no tener fin, aunque refrescado con un "pónganos otro de lo mismo" que le dijeron al camarero cuando éste vino a llevarse las copas vacías y resecas.

"Perdonad chicas, ¡ufff..., qué calor hacía en ese bar!, y el chico venga a contarme cosas de su vida y de los amigos canadienses..., que veo que se han marchado sin él. Amabilísimo, eso sí pero, yo, allá..., sufriendo por vosotras y él, que si esto, que si lo otro, que si han venido también sus padres y su novia, y hasta me ha pedido que vaya mañana a ver el encierro desde un balcón que se han alquilado. Y yo, que no..., que no puede ser, que hemos venido siete matrimonios amigos. Y él, que nada, que sólo será veinte minutos como mucho el paso de los toros y que claro, que a mí sola sí se atrevía a invitarme, que sus padres se pondrían contentos de tener allí a su profesora de la que tantas veces les había hablado..., pero claro que todos vosotros..., que no podría ser. Al final, no sé si hecho bien, le he dicho que sí. Tampoco sé qué dirá Manuel cuando se lo cuente". Y acabó de decirles esa improvisada mentira, y se quedó mirando a todas a ver si había colado. Y pareció que sí, porque todas comprendían que era una oportunidad única y, además, que era un alumno suyo y acompañado de la familia. No se lo podía perder. Ellos..., ya se buscarían la vida para ver el encierro de los Miuras, desde alguna barrera, si se podían abrir paso.

Marcela, aliviada, sólo sentía la mirada cabrona de Amalia a quien, con su inteligencia perspicaz y malévola, no se le escapaba una. Al final, se atrevió a mirar a su amiga, a quien no dijo nada, aunque con un gesto hecho a cámara lenta, Amalia se llevó el índice a sus labios y recorrió con él el borde del labio inferior, sonriendo. Su amiga comprendió el gesto, y con una servilleta se limpió lo que podría ser desde el carmín corrido..., hasta cualquier cosa.

Se sentó en su silla, y soltó todo el aire que llevaba retenido al haber superado esta prueba.

"Ésa copa, es tuya. Que hemos pedido otra ronda de lo mismo. Espero que te apetezca así, fresquito, porque los cubitos están enteros todavía. Está bueno este gin-tonic, sí, y mira que yo, normalmente...", dijo Raquel que siempre había sido un poco insustancial.

Marcela, cerró los ojos, se llevó la copa a la boca y de un muy largo sorbo..., se tomó todo aquél líquido tan aromático, fresco y relajante. Nunca algo tan simple como esa bebida le había sabido tan buena.

"¡Hey..., Marcela...!, que te está diciendo adiós el pesado de tu alumno", la advirtió Amalia porque estaba viendo a Ariel diciéndole adiós desde su cuerpo enjuto y, Marcela, pobre, sin enterarse.

Se levantó de un salto al oír a su amiga, giró la cabeza a ambos lados buscando a Ariel, le hizo un gesto de despedida y, otro más, enrollando su mano en el aire como diciéndole que sí, que le llamaría más tarde para quedar con el grupo familiar en el balcón.

"Es amable, el chico", le dijo a Amalia para que dejara de pensar en las guarrerías propias de una resabiada de la vida.

"Sí, sí..., amabilísimo, sí. Fíjate, invitarte al balcón el chico, con su novia y sus padres: ya no se le puede pedir más. De aspecto físico..., tampoco". Y diciendo esto, tomó Amalia una profunda calada de su cigarrillo y sin dejar de mirar a su amiga marcándole una sonrisa cómplice, soltó todo el humo dirigiéndolo a su cara. Marcela, levantó la copa en el aire, y le respondió a su amiga sabiéndose pillada:

"¡Salud!", aunque sólo estaba brindando con el agua derretida de sus hielos.

"Sí, salud..., pero esta noche me vas a contar todo..., todo: de lo de hace un rato..., y de lo de mañana. Tú misma. Si no, les casco a estas las teorías que me he forjado desde que has vuelto. Claro, sólo serán teorías. Pero yo, aunque sea bruja, prefiero saber tu versión, la buena. Más que nada, porque le he preguntado al camarero sobre qué era aquél bar al que te has ido con tu lechal, y me ha dicho que era una fonda, sólo que tenía bar. Casualmente", dijo Amalia en voz baja pero firme, y se echó a reír porque sabía fijo que había habido "tema", aunque sólo intuyera el cómo, y el dónde.

Como de momento Marcela no tenía muchas ganas de contarle algo de esa historia que sólo a ella le podría contar y que, chantajeada por su amiga, tendría que contársela de forma que todo le cuadrara porque Amalia era muy larga y dotada de unas sutiles antenas que detectaban cualquier mentira, o media verdad..., pues se puso a hablar con el resto

de las amigas como si en aquella fonda no hubiera pasado nada.

"¡Oíd, chicas..., los maridos..., que nos esperan en un bar de tapas que se llama "La Mandarra de la Ramos", que está aquí cerca, en la calle San Nicolás. Merche, ya sabe dónde es, que estuvo una vez en otro viaje. Venga, vamos, que no se nos vayan a juntar las tapas, con la cena", dijo María que era la que acababa de recibir la llamada de su marido.

Así que se levantaron sin hacerse de rogar, porque lo de sólo beber..., no iba con ellas. Merche, haciendo de guía, las condujo hacia donde los maridos las esperaban, en lo que parecía una juerga sin fin.

Bullicio, gente yendo y viniendo en todas las direcciones, charangas incansables con parecido repertorio en cada esquina, y los bares a reventar como si regalaran el vino, las tapas y el jamón de bellota.

Los japoneses y los chinos, alucinaban con toda aquella gente sin ceremoniales saludos al encontrarse, tan gritones y efusivos, que bebían el vino en bota levantándola hasta donde les llegaban los brazos. El espíritu del Hemingway borrachín y lascivo, planeaba sobre Pamplona exhortando en latín a las gentes para que se entregaran al carpe diem porque, mañana..., Dios diría.

Amalia caminaba hablando con Raquel, pero sin perder de vista a su amiga que iba unos pasos delante de ellas en compañía de Merche. Un falso y estático Hemingway con un atún de cartón colgando de su mano y un Supermán paralizado también sobre su peana, pedían dinero al paso de las siete chicas, quienes no les hicieron ni puto caso, porque iban charlando a lo suyo, aunque ni Marcela, ni Amalia prestaban atención a lo que las otras decían, puesto que las dos iban absortas en el mismo tema, aunque con diferente punto de vista. Y Amalia, al no ir envuelta en aromas de Nenuco, difícilmente podría sentirlo como su amiga.

Enseguida llegaron al bar de tapas ése, y allí se encontraron con sus maridos que, por fin, habían salido de la supersobremesa porque habían puesto la tele y justo, sí, retransmitían un partido del Zaragoza y lo había ganado. Después de celebrarlo a base de cubatas, se habían acordado que dónde estarían sus mujeres y fue entonces cuando el marido de Merche la llamó para decirle dónde las esperarían.

Los del bar les juntaron tres mesas y todos se sentaron como pudieron porque gente..., no faltaba. Normalmente, los hombres se solían sentar juntos y, las chicas, lo mismo porque no confraternizaban demasiado y, si lo podían evitar..., mejor.

Amalia, desde su puesto de ojeadora tenía en su punto de mira, lo de ver qué hacía su amiga Marcela que casualmente se había sentado esta vez junto a Manuel, quien no perdía ojo a las diferentes tapas que les iban

sacando el camarero, como si aquello fuera un menú degustación.

"Ya..., ya te entiendo, Cariño, claro... es un compromiso, ya lo imagino..., ¡a mí, chico.., Carlos..., que me pongan una jarra grande de cerveza...!, perdona, sí, Cariño..., nada, nada...pues tú, mañana, al balcón ése si tienes oportunidad...", oía que le decía Manuel a su mujer, queriéndosela sacar cuanto antes de encima, o perdería bocado como las ovejas que balan.

Amalia, ahora no se enteraba de lo que le explicaba Marcela, pues solía hablar en un tono más bajo, pero por cómo gesticulaba, las expresiones humildes de su cara tipo... "fíjate qué cabronada tener que ir allá, yo sola y vosotros pasándolo bien todos juntos, menos mal que sólo será un rato, pero en cuanto pase la manada y tiren el chupinazo como de que ya los toros están encerrados, yo a esos los dejo y me vuelvo con vosotros. Pero, claro, compréndelo, es un alumno de la clase... ¿me escuchas...?"

"Símmm, mujet..., te ekcucho...", contestaba Manuel con la boca llena de la tostada de bacalao con jamón, con una salsa braseada por encima que debía de estar deliciosa, y que se deducía por lo que con los gestos de la mano libre, le indicaba a Marcela. "Tú, vete, mujer..., ¡oóh..., qué cojonuda está esta cerveza tan fría...!"

Marcela, con la información básica facilitada a su marido..., ya había cumplido y, por tanto, tenía el campo libre. "El siguiente paso será, mandarle un whatsapp al lechal, para confirmar que todo está o.k. A ver cuánto tarda", pensó Amalia desde su observatorio de cazadora furtiva.

Tres segundo más tarde, allí estaba su amiga feliz..., tiki-tiki-tiki-tiki..., tecleando en el móvil sabe Dios qué. Como Amalia no era Dios, saberlo, no lo sabía pero conociéndola, lo imaginó así (o quizás fue que Marcela se lo contó posteriormente y no que tuviera que imaginarlo; quién sabe, porque fue tal cual):

18:35 Marcela: "Hola Bebé, todo confirmado: mañana, cuando y donde tú me digas, allá estaré. Espero tus órdenes" (la imaginaba ya, rendida total).

18:36 Bebé (así lo tenía en sus contactos): "Hola Amor. Qué bien poder vernos otra vez, porque estar sin ti, ya no es vivir. He pensado que a las 7, nos podríamos ir a tomar un chocolate con churros allí mismo, en la calle de la Estafeta, en el Nº 5. Se llama "El Churrero de Lerín". Habrá mucha gente, ya te lo advierto, pero así estaremos más juntos. De ahí, sobre las 8 menos cuarto nos vamos al balcón, que está el portal de la casa ésa como a 200 metros de la churrería".

18:40 Marcela: "¿Y tu amigo?"

18:40 Bebé: "Ya le he explicado que se busque la vida para ese rato, que me he ligado a una de las canadienses. No pasa nada, que nos apoyamos en estas cosas".

18:42 Marcela: "¿Tenéis muchas cosas..., de "estas"?" (se asombró de sí misma, que ya se le escapara un mini-ataque de celos)

18:42 Bebé: "No, mujer, alguna vez sólo".

18:43 Marcela: "Vale, allí estaré a esa hora. Iré vestida de blanco, con fajín y pañuelo rojo al cuello, para que me identifiques enseguida. TE DESEO, Bebé".

18:44 Bebé: "TE QUIERO, Bella Marcela. Esta noche, dale fiesta a ese conejo tuyo que te quiero toda entera para mí. Bueno..., si puede ser. Hasta mañana".

18:45 Marcela: "Seré sólo tuya, te lo prometo. Me derrites, Bebé. Chao"

18:45 Bebé: "Chao"

Por fin, ya, Marcela apagó el móvil y con una amplia sonrisa de satisfacción se sentó a la mesa, con el resto. Miró a Amalia y vio que la había estado observando desde no sabía cuándo. Se aguantaron mutuamente la mirada, se sonrieron y, Marcela, se puso el dedo índice sobre sus labios en señal de "de esto..., ni mú, a nadie". Y de ese gesto de silencio, pasó a mandarle un besito cariñoso, soplando en la palma de su mano para que volara hasta su amiga en pago a su fiel complicidad de toda la vida.

Pasaron las tapas..., pasó la cena..., se pasó el tiempo de estar tomando algo en la terraza de algún bar para felicidad de los que esperaban mesa..., y los siete matrimonios se fueron para sus habitaciones en un hotel de 3 estrellas que habían reservado.

Marcela se esperó remoloneando en el baño, porque Manuel la llamaba desde la cama "puesto en canción", a pesar de estar medio dormido. Y, efectivamente, a los 3 minutos ya se le oía roncar. Así que sin hacer ni un ruido ni medio, se metió en la cama separada de él para que corriera el aire. Excitada como estaba tras el whatsappeo con su Bebé y la potente ingenuidad carnal de la que estaba dotado, se acarició lo justito hasta quedarse relajada y poder dormir plácidamente. Ni un gemido salió de su boca en el "the end" de la función, no fuera a ser que Manuel despertara de su profundo sueño.

A las seis y media, Marcela ya estaba duchadita y arreglada con su traje de pamplonicawoman, consistente en camisa blanca y minifalda del mismo color, con un vuelo que le daba plena libertad de movimientos. Pañuelo y fajín, rojos, cómo no. Se miró al espejo y estaba, guapísima: "Qué 49 años más bien llevados", se dijo a sí misma. Se levantó la falda, y vio que el tanga en negro, cumplía perfectamente con ninguna función práctica. Descosidos... 0. "¡Correcto, bingo!", añadió.

Como para Manuel aún era un poco temprano para levantarse, ella le dijo adiós a lo que aquél replicó con la misma palabra aunque sin parecida ilusión, y siguió durmiendo. Marcela se sentía ligera como una pluma. Si iba a ser la despedida de su alumno como amante ocasional, hoy tenía que ser la hostia: en medio de tantísima gente, estaba asegurado el anonimato, algo que era muy conveniente para entrar en el Cielo. O para que el Cielo entrara en ella.

En la puerta de la churrería..., allá estaba su Bebé hecho de leche y miel, vestido de camisa y pantalón vaqueros. Levantó la mano al verla, y la sonrisa de su cara dibujó una dentadura de anuncio. Se abrazaron y se besaron largo rato. La gente pasaba por su lado como resbalando, acostumbrados a la marea de amores de esos en que ni te pedían referencias, ni proyectos viables de futuro.

"¡¡Dos chocolates con churros..., marchando...!!", les dijo el camarero al entregarles a nuestra parejita lo que habían solicitado, agobiado con tantas manos levantadas pidiendo algo parecido y vigilando, todos, que no se les echaran encima los cánticos previos al chupinazo de las 8.

"Vamos, que van a dar menos cuarto", dijo Ariel después de pagar, cogiéndole de la mano. Le encantaba que llevara él el programa de fiestas, porque eso la hacía sentirse más protegida, y más joven.

"Aquí, es. Hala, al tercer piso, ejercicio para glúteos..., aunque a ti no te haga falta", dijo Ariel.

Con un poco de resuello, abrieron la puerta del piso que tenía 4 habitaciones con un balcón pequeño en cada una de ellas que daban todas a la calle de La Estafeta, y tal como estaba estipulado en su alquiler, habría un máximo de 4 personas por balcón. Una pareja de unos 30 años, ya estaban allí. Se volvieron al oírles, y se saludaron. Al ver a Ariel y Marcela, y la diferencia de edad, se miraron a la cara como diciendo: "Y estos..., ¿qué son?". El hombre, le dijo a la mujer, bajito: "Su madre..., no creo que sea...". Y tras el comentario, se volvieron hacia la calle a esperar que el encierro comenzara.

Marcela se asomó al balcón apoyados los codos en la barandilla y Ariel, se puso detrás de ella, muy pegado a su cuerpo, y con las manos apoyadas junto a sus codos, como protegiéndola. Cada vez más, con sus

caderas se apretaba contra el culo de Marcela y, ésta, respondió restregándolo contra la carne de Ariel, que cada vez se hacía más evidente y deseable para ella.

De pronto, un murmullo de la gente se puso en marcha, acompañando a lo lejos, a los cánticos de los mozos a un San Fermín de carita asustada al que le pedían..., no salud, ni dinero, ni amor, no: sólo, que les guiara en el encierro y les diera su bendición. Con sólo eso, ya se conformaban. La primera petición fue en español y, luego, la segunda, en euskera para que al santo no le quedaran dudas sobre lo que quería toda aquella gente que parecía que le amenazaran si no, con los periódicos del día que llevaban enrollados en la mano a modo de salvoconducto, por si San Fermín no pudiera llegar a todo.

La pareja compañera de balcón se olvidaron de Marcela y de Ariel y se pusieron asomados lo máximo que podían, para ver mejor a toda la riada humana y animal que pasarían bajo ellos, aprovechando que la calle corría cuesta abajo.

Marcela, viendo que sus compañeros no estaban atentos, le dijo a Ariel:

"¡¡Ufff..., qué calor me está dando este tanga!!". Y acto seguido, con un movimiento rápido se subió un poco la falda, y se desprendió enrollada y húmeda aquella minúscula prenda de incierta finalidad.

"Puesta de hace escasamente una hora..., y mira, ya la puedo echar a lavar otra vez. Menos mal que llevo otra de repuesto..., para luego". Ariel, se la quiso quitar de las manos pero Marcela hizo un gesto rápido para esconderla tras su espalda, y se la guardó en su bolso.

"¡Qué morbosón es mi Bebé...!, ¿eh? Eso no se hace... aquí", terminó de decirle sugerente. Le dio un beso largo con lengua para ir calentando motores..., y se colocó en el balcón, en la misma posición en la que estaba cara a la calle, pero en vez de apoyar sus codos, se aferró a la barandilla para prepararse a resistir lo que deseaba que pasara.

La estructura del cuerpo de Ariel, agarrado también a la barandilla, la rodeaba, la protegía, y la aprisionaba de forma que la estrujaba cada vez más. La otra pareja, seguía pendiente sólo de lo que ocurría en el exterior.

"Bebé...", suplicó Marcela.

Ariel, sin importarle los de al lado, ni los de los balcones de enfrente, o los de los balcones de las otras habitaciones, se bajo la cremallera de su pantalón vaquero, le subió la parte posterior de su falda hasta por encima de su culo de yegua y, sin más preámbulos, la penetró suave pero sin

opción de réplicas..., adentro hasta el fondo, allá donde su hueco hecho de carne y agua, se acababa. Coincidiendo con el golpe final dentro de su punto más profundo, sonó a lo lejos el chupinazo de las 8: soltaban ya a los Miuras y comenzaba el encierro grande.

"¡Bebé..., esto quiero..., esto quiero...!" gimió Marcela exigiendo por favor en voz alta para que Ariel se enterara bien y con los ojos girados hacia adentro sin atender a nada más y como si allí no estuvieran más que ellos dos. Y Ariel, espoleado por ese ruego, comenzó el cortejo cada vez más acelerado en esa herida que le aprisionaba resbaladiza.

"¡Ya vienen..., ya se asoman los primeros mozos por la curva de Mercaderes!", gritó la chica de la otra pareja volviéndose a mirar al hombre que le acompañaba para que no se perdiera lo más emocionante. Pero, éste, tenía la mirada desviada del ritual fascinante del encierro, asombrado de que lo que estaba pasando junto a ellos mismos, fuera algo real.

"¿Qué pasa, Fernando?", le preguntó extrañada la chica. Él, con un gesto de los ojos, le indicó que mirara lo que esa pareja tan dispar estaban haciendo totalmente ajenos a ellos dos, y al mundo en general.

La chica, se volvió y vio a Ariel en plenas convulsiones del amor con los ojos cerrados y a Marcela, quien con la cara apoyada en sus manos sobre la barandilla, gemía de placer y sólo decía: "¡Así, Bebé..., así...!"

"¿Están fo... follando?", le preguntó susurrante e incrédula a pesar de lo que veían sus ojos. Fernando asintió con la cabeza, mirando a los otros de reojo.

"Tenías tú razón: no es su madre", añadió tras aquella pregunta tan obvia. De pronto, el murmullo de los mozos corriendo, los gritos desde la ventanas jaleándoles para que los Miuras pudiera correr sin el obstáculo de los borrachos afiliados a cada encierro, devolvió la vista de la pareja a lo que en la calle pasaba, dejando a Marcela y Ariel que vivieran la fiesta a su aire.

Justo en ese momento, cuando los amantes estaban llegando a su culmen, 6 toros que vistos desde arriba parecían vagones de carga, más los 6 sabios cabestros que se conocían el recorrido al dedillo, pasaban bajo el balcón donde los cuatro estaban, tratándose de un recorrido limpio, expresión que usaban los comentaristas de radio y televisión cuando todo estaba yendo bien.

"¿Nos vamos...? No me apetece estar haciendo guardia junto a estos dos, ahora que para los que estamos en esta zona del recorrido ya se nos ha acabado la fiesta. De todas maneras, la tía vieja ésta..., joder, ya tiene poca vergüenza. Y con un crío como él que casi podría ser su nieto. Anda,

vamos ", ordenó un poco colérica. Y tirando de Fernando, se fueron de la habitación mientras Ariel parecía que estaba llegando, con ese golpeteo frenético de sus caderas, al encendido de la traca final. Marcela, también estaba llegando a un punto en que quería que no se acabase aquello nunca y, al mismo tiempo, alcanzar su deseadísimo final de una vez, como la más bella y fantástica paradoja.

"¡¡Cuidado..., cuidado..., el toro marrón último, se ha dado la vuelta..., cuidado...!!, comenzó a gritar la gente desde los balcones, cuando vieron que uno de los toros se había distraído de la manada, girándose para arremeter contra los que iban en la parte posterior del cortejo, tras los pastores que trataban de ir empujando en grupo compacto a los animales, para adelante. Los pastores, desesperados ahora porque el toro aquél no hacía caso a los varazos que recibía por abandonar a su grupo, gritaban a los que les seguían que se separaran y se resguardaran donde pudieran, pero sus voces se perdieron entre la multitud que gritaba también por una u otra causa.

"¡Mami..., Mami...", le decía muy excitado Ariel, en tono cariñoso y como pidiéndole perdón de antemano porque sentía que ya no iba a poder contenerse y tenía miedo a no llevar a Marcela hasta lo más, dejándola a medias.

"¡Aguanta un poco más mi Bebé, que lo estás haciendo muy bien, porfa..., aguántame un poquito más, cariño, ufff...!", le animó Marcela que ya sólo podía pensar en sí misma.

"¡¡¡Aide, s'il vous plaît, aide...!!!, gritó de repente uno de los jóvenes del grupo de franceses al que a uno de ellos, el toro ése le acababa de insertar el cuerno por cerca del esternón y lo llevaba colgado del asta, inerte y como si apenas pesara. Un chorro de sangre, fue marcando el recorrido del toro con él a rastras, hasta que encontró el camino de la plaza. En uno de los zarandeos y derrotas de su cabeza armada de unos cuernos espectaculares, el cuerpo del joven salió disparado hasta caer al suelo. Muchos mozos, fueron hasta él y, con una camiseta, taponaron su herida que era el pecho destrozado.

Enseguida llegó una de las ambulancias del SAMU, y se hicieron cargo del joven e intentaron reanimarlo inyectándole una bolsa de sangre y otra de suero.

Ariel y Marcela, los dos a un tiempo, reventaron gimiendo entrecortados, gimoteos que acabaron en un grito entrelazado. El chorro de Ariel con toda su juventud la llenó por dentro y, deshechos, cayeron los dos al suelo. Nadie se percató de ellos dos, todos pendientes sólo en lo que estaba ocurriendo bajo su balcón, en plena calle, que era un peaje

habitual de estas fiestas, aunque no siempre tan grave.

"No hay nada que hacer, ha fallecido. Le ha roto el corazón, los pulmones y parte de las costillas. Hay que comunicárselo a los amigos, que deben ser esos que están llorando ahí. Tú..., sabes hablar francés, ¿no? Pues, anda, haz el favor. Ah..., se llamaba Didier, según pone en su carta nacional de identidad. Joder, 21 años y al mes que viene, hubiera cumplido 22. Pobres padres cuando se lo digan", dijo el médico a la doctora que le acompañaba.

Los enfermeros, pusieron el cuerpo del joven en una camilla tapado con una sábana, y lo metieron a la ambulancia, mientras la doctora intentaba explicarles a los desconsolados amigos, lo inexplicable: que esta fiesta donde todo parece estar permitido y bajo control..., pues que no era un juego.

En el piso tercero aquél, todos los balcones habían enmudecido. Y la gente que habían visto la cruda realidad de una muerte absurda, se iban yendo del piso con las caras compungidas, mientras Ariel y Marcela, seguían en el suelo con un cuerpo por cada lado, pero cogidos como podían de sus manos. Se estaban recuperando de aquella tormenta de pasión que acababan de vivir. La gente que salía del piso, los veía allí, pero ninguno se paró a pensar si es que les ocurría algo malo. Sería que lo habrían visto todo, y estarían más afectados que los demás, comentó alguna.

Pero todo el mundo, correría un tupido velo sobre la víctima mortal y la fiesta seguiría hasta el último día. Y al año que viene, salvo que hubiera una guerra o una epidemia, volvería San Fermín a guiar a los mozos en el encierro y darles su bendición porque esa fiesta, o la tomabas tal cual..., o la dejabas. Y estaba claro: lo que no puede ser..., no puede ser..., y además es imposible.

Ariel se incorporó y puso su cara sobre la de Marcela, y la comenzó a besar. Ella, aún bajo los efectos del sopor, se dejó besar mucho rato.

"Bebé..., cariño..., me tengo que levantar e ir a lavarme en el bidé. Qué salvaje que eres, me noto llena de ti. Qué pena que algo así, se tenga que ir por el sumidero, ¿no?", dijo Marcela sin poder evitar tentarlo, maliciosa.

"No hace falta: te lo limpio, yo, y se te va a quedar como una patena, te lo juro", dijo Ariel intentando que así fuera. Por ella, lo que hiciera falta, aunque lo tuviera que a hacer muy a gusto.

"Aún me gustaría más, si nos pudiéramos limpiar el uno al otro, y tendríamos dos patenas limpias, por el precio de una. Pero no puede ser. Me tengo que ir y tenemos que despedirnos. Y en cuanto me incorpore, se

me va a ir todo por la pierna abajo, ya me lo noto. Anda, ayúdame a levantarme", dijo más seria, Marcela. Su voz todavía sonaba morbosa, pero algo cortante, como que las cosas eran así, y así tenían que ser. Y ya no se sentía confortable ni limpia, ahora que la pasión había bajado al valor normal, cercana al 0.

Él, la dejó ir y oyó cómo corría el agua del grifo.

"¿Quieres que te ayude...?", preguntó Ariel, medio en broma por si pudiera oír que sí.

"No, no insistas, ya te lo he dicho", se oyó a Marcela desde dentro del baño.

Salió algo más cómoda después de lavarse, fue al bolso, sacó unas bragas que llevaba dentro de una bolsa de plástico, y se las puso.

"¿Y qué va a pasar con lo nuestro?", preguntó Ariel, sin creerse que esto fuera la despedida a más oportunidades de estar juntos en cuerpo y alma.

"¿Lo nuestro..., qué nuestro, esto..., dos polvos muy gozosos...? Pues no va a pasar nada. Como tomarnos dos buenas cervezas, y de la mejor marca posible. Nada más: yo no te debo nada a ti y tú, a mí..., tampoco.

Mira, es verdad que me has hecho ver en estas dos tardes, todos los colores que se habían borrado en mi vida, en la que predomina el gris. Me gustas mucho, Ariel, eres muy guapo y sobre todo, muy joven. Admiro esta juventud que me has transmitido en estos dos polvos..., pero no hay más. Tú tienes tu vida, tienes 21 años y mucho que vivir cada día, sueños que cumplir, y esa vida la tienes que modelar a tu gusto y, conmigo, si pudiera ser, la tendrías que modelar al mío. Y no sería justo para ti.

Mi vida es gris, sí, sin tanto colorido como tú puedes darme, pero hasta los colores más bellos, con el tiempo, llegan a cansar, o a pasar desapercibidos, como si no existieran porque nos hayamos acostumbrado a ellos. Es gris, ya te digo, pero también es una vida cómoda, sin sobresaltos, mi marido no es la hostia pero, a su modo, me quiere. Y están mis hijos, y mi trabajo en la Universidad, mis amigos, mi familia. Así que si perdiéramos la cabeza, bueno, si la perdiera yo por ti, para poder tenerte algún rato y que me enseñaras cada vez tus arcoíris, se me habría acabado la tranquilidad. Entre otras razones porque yo me reconozco muy posesiva y celosa y sé que amargaría con esos sentimientos, tu vida. ¿Lo entiendes?", acabó Marcela tirando de una lógica aplastante.

"Pero..., ¿ni un día a la semana nos podríamos juntar? Tía, Marcela..., es que me has vuelto loco, es que me gustas mucho. Quizás lo que más, que con tu edad te hayas entregado a mí, y que sea esa diferencia de

edad lo que te excita, como me pasa a mí. Que hayas corrido riesgos y dicho mentiras para estar conmigo. Mira cómo me estás poniendo otra vez, sólo de pensar en eso", dijo Ariel sujetándose la entrepierna como si se le fuera a escapar del vaquero.

"Mira: tú eres mi Bebé, me encanta tu ingenuidad, ésa que tú no puedes notar porque te crees ya adulto. Y me gusta ese aroma tuyo de tu piel tersa, tu sabor y esa vitalidad que aún continuará desarrollándose todavía más, porque seguirás por un tiempo haciéndote más hombre. En el cuerpo, y en la mente. No estoy segura de que ese proceso sea habitualmente favorable, pero es así. Da igual cuánto nos guste a las mujeres vuestra evolución. También vosotros cargáis con la nuestra, que no siempre es muy sensata: mira, yo.

No le des más vueltas. Nos despedimos, yo voy a llamar a mi marido para ver dónde están y les contaré que todo ha estado muy bien, los toros muy majos y los mozos, muy guapos todos tan de blanco. Venga, Bebé, ánimo. Mañana, ni te acordarás. Espero que yo tampoco, que soy la que tengo más que perder".

Y se despidieron, aunque Ariel, sin rendirse, le amenazó: "Te llamaré".

Marcela se juntó con su marido y los amigos, que le preguntaron que si había visto lo del chico, un extranjero por lo que se ve, que había muerto corneado en el pecho por uno de los toros. Marcela, ni se había enterado. "Sería más para allá de donde yo estaba con Ariel y su familia, muy majos, muy simpáticos, muy amables. Ellos no son de bares, sino de ver monumentos y cosas así, pero, por traer al chico y a su novia...", terminó de contarles.

"Mientes más que hablas, pero como lo haces tan bien, hasta casi me has convencido a mí, sólo que yo soy más mala y desconfiada que todos estos, juntos", le dijo Amalia al oído. Y añadió, a modo de colofón:

"Pero... ¿has disfrutado, por lo menos?". Marcela, sonrió, dio un suspiro profundo mirando al cielo y dijo, sólo: "MUCHO".

Y las fiestas de San Fermín se acabaron como todos los años, regresando la calma a la ciudad.

A los diez días de estar en Zaragoza, en los que Marcela había ido mirando su móvil cada dos por tres para ver si aparecía "Bebé" en alguna llamada o whatsapp..., tal hecho, por fin, sucedió.

11:32 Bebé: "Hola, Marcela, ¿estás sola? Es por llamarte, que tengo ganas de oír tu voz. Todos los días pienso en ti, y en Pamplona".

11:53 Bebé: "Al menos, contéstame por este medio, si no quieres hablar"

12:20 Bebé: "Me voy a la piscina con los amigos. Te sigo deseando. Mucho más que el primer día".

Marcela, no tenía claro si le gustaba ese acoso inconveniente, y estuvo tentada a contestarle con la excusa de decirle que la dejara en paz. Pero no se atrevió, por si se creyera de verdad que le hablaba en serio. Esperaría a ver qué pasaba con Ariel, y si era verdad que no sabía vivir sin ella, que era todo un halago para Marcela.

Porque estaba claro, que aunque su vida gris tenía muchas ventajas, estaba atrapada en los recuerdos de aquellos momentos que habían vivido y que, si quisiera, podría volver a repetir aunque fuera sólo una vez al mes, no más, claro, añorando el sabor blanco, cremoso y ligeramente dulzón de Ariel en su boca, y ese aroma a bebé recién limpio de su carne cuando pegaba la cara a su piel tan lisa.

Al día siguiente, el teléfono volvió a sonar, pero esta vez era una llamada que indicaba "Bebé" en la pantalla, algo mucho más arriesgado porque no podía hablar con él, así como así. De modo que no lo cogió.

"Te ha estado sonando el teléfono, ¿no lo has oído?", le dijo su marido, medio distraído leyendo el periódico.

"Era un número raro de esos que te llaman para venderte algo, y no he querido cogerlo. Qué pesados", contestó Marcela.

Por la tarde, volvió a pasar lo mismo. Esa vez, estaba sola en casa y anduvo con la duda de si cogerlo o no para, en caso de "sí", decirle un derretido y cariñoso, "Hola, Bebé", porque seguía siendo eso para ella: algo tierno, y algo que, una vez desbocado, se agigantaba imaginando estar cobijada por él, bajo él, sintiéndolo dentro de sí, tan suave y fuerte, a la vez. Pero aguantó.

Al día siguiente, dos whatsapps. *No puede ser, no puedes hacerle caso, Marcela, es sólo un crío que no sopesa las consecuencias, tus consecuencias; o si se enteraran tus hijos, poco menos que una pederasta legal..., que no, que no, que te gusta mucho, pero no puede ser. No lo cojas, aguanta, no contestes, ya se cansará y, tú, a tu vida, que te merece la pena... Sí, pero es que ese aroma suyo, esa carne que me llenó al completo, si eso nunca lo había sentido así, nunca...; o el escucharlo cuando se me deshacía entre mis brazos sintiendo por dentro sus borbotones calientes como nunca los volveré a sentir si no es con él... Que sí, que aguanto, vale, no seas pesada.*

A partir de ese día, cesaron los whatsapps, y no hubo más llamadas. *Quizás, mañana, que igual hoy no habrá podido. Seguro, tiene amigos y amigas. También amigas, claro, es normal con su edad y con lo guapo que es. Hay que saber hacerlo sufrir, hacerme a valer, que sea él quien insista y me ruegue, que me desee y que no pueda pasar sin mí, aunque no demos todavía ningún paso adelante que pueda ser en falso. Sus amigas, no pueden competir conmigo, no tienen mi experiencia, que es lo que de la vida he aprendido; ni será para ellas, como en mi caso..., su Bebé*.

Los días pasaron y de Ariel, no sabía nada. Llegó agosto. Igual tendría que llamarle yo y ponerle las cosas claras: "*¿No me querías tanto que no podías pasar sin mí? Me utilizaste dos días, cabronazo, y después, si te he visto, no me acuerdo, claro. ¿Que yo nunca te contesté a tus llamadas, ni a tus whatsapps? Eso son excusas: cuando se quiere de verdad, cuando quieres conseguir a una chica, se insiste y se es constante. Seguro que en estos días, te habrás acostado con cuarenta, como si lo viera... En fin, Marcela, igual es mejor que sea así, no es un hombre que te conviniera. No, claro, ya lo sé, pero es que esa suavidad suya en la piel que daba gozo acariciar... Y luego, yo, que le podría haber enseñado tantas cosas...*

Septiembre, se le vino encima, y ella, feliz y cabreada de no tener la oportunidad de dejarse arrastrar al abismo por su magnetismo de macho joven. *Todo eran ventajas en lo de no saber de él. Aunque en el curso, como iba a comenzar ya pronto, se juntaría con Ariel cuando le diera clases otra vez, de filosofía, o de historia, materias que le servirían para que pudiera entrar a trabajar vendiendo coches en algún concesionario de los importantes. Buena planta, con su traje, y su corbata ligeramente floja para darle un toque informal..., sí que la tenía, ya lo creo. Seguro que toda mujer que entrara a preguntar por el modelo tal, cuando le sonriera y le mostrara esa dentadura perfecta, acabaría comprando el modelo que él quisiera. Imaginaciones suyas, claro. Pero, sólo con que la hubiera querido llamar algún día más, con que hubiera insistido alguna vez más..., todo hubiera sido muy distinto. O un whatsapp, que no cuesta nada. Y le habría dicho que sí, que lo que él le pidiera, donde fuera, cuando fuera, pero volver a sentir de nuevo que la hiciera revivir con el calor invasor de su cuerpo*.

El primer día que fue a la Universidad para preparar el nuevo curso, se puso en el ordenador para ver a qué alumnos llevaba este año, y que él, porqué no, seguía figurando en la lista.

"Ariel Tabuenca..., Ariel Tabuenca..., Ariel..., si no está..., ¡ay...!, seguro que no lo he visto, voy a repasar otra vez", pensó Marcela, asustada.

Pero no, Ariel Tabuenca, no estaba en su clase. Lo buscó en las demás

facultades, pero no aparecía en ninguna.

"¿No le habrá pasado algo malo? Se acabó: lo llamo y salgo de dudas. No se ha podido olvidar de mí, así, tan pronto, si se lo di todo...".

Buscó "Bebé" en los contactos, tomó aire a ver si el corazón le dejaba de latir tan rápido, y pulsó "llamar".

Al tercer toque, se cortó la comunicación. Esperó, por si era que estaba comunicando. Segundo intento, tras esperar 10 largos minutos: lo mismo. Probó al cabo de media hora, pero se cortó de nuevo.

Miró su expediente, y allí figuraba el teléfono fijo de su casa. Otra vez el corazón al galope. "Si me ha bloqueado en el móvil, en el fijo, no creo que se le haya ocurrido hacerlo", se dijo para no dar todo por perdido.

Marcó las 9 cifras, y comenzó a sonar. A la cuarta llamada, descolgaron el teléfono:

"Dígame...", dijo una voz de mujer relativamente joven.

"¿Es casa de Ariel Tabuenca?"

"Sí, ¿quién es?"

"Mire, soy Marcela Solares, su profesora de Filosofía en la Universidad. Es que he visto que no está incluido en la lista de alumnos de este año y quería preguntarle si es un error o es que ha cambiado de Facultad. ¿Está él, para hablar un momento?"

"No, Dña. Marcela, no. Pues es que conoció en julio, que se fue a las fiestas de San Fermín, a una chica canadiense que estaba de Erasmus en Milán y, lo que pasa con los jóvenes, ya se sabe, que se enamoró de ella y se ha ido a Milán a estudiar allí, por estar con Charlize, que así se llama la chica. 22 años los de Ariel, señora, y ya están en una edad que no se dejan asesorar pero, en fin, es su vida, y es el que tiene que tomar las decisiones. Su padre y yo, lo que temeríamos sería que acabara en Toronto, de donde es esa chica. Si se quedara en Milán, pues está a un paso, como aquél que dice, pero Canadá, y con el frío que hace..., ¿no le parece, señora?".

Marcela, no contestó, se había quedado muda.

"¿Que si no le parece, digo, lo del Canadá, que es una locura?", insistió la señora.

"S... supongo que sí. Lo siento. Si viene... ¿le podría decir que me llamara? Es..., por saber de su vida, más que nada", terminó ausente

Marcela.

"Descuide. Yo se lo digo si viene. Muy amable, señora... Marcela me ha dicho, ¿verdad?"

"Sí, sí, Marcela, s...su profesora de Filosofía".

"De acuerdo, todo un detalle por su parte, gracias. Yo le digo. Adiós".

F I N